

## **PERÚ EN LAS URNAS: HUMALA HACE HISTORIA EN SU SEGUNDA OPORTUNIDAD**

**Manuel Alcántara Sáez**  
Universidad de Salamanca

El proceso electoral peruano de 2011 en dos actos, con comicios el 10 de abril en los que se eligió el Congreso de la República y se desarrolló la primera vuelta de las elecciones presidenciales, y el 5 de junio la segunda vuelta, han sido los terceros consecutivos desde la dimisión de Alberto Fujimori por fax desde Japón en 2000 y su consiguiente juicio político. Los de 2001 se definieron por la capacidad de Alejandro Toledo de presentarse como el aglutinador del antifujimorismo, capitalizando la confrontación con el propio Fujimori en las elecciones irregulares del año anterior, y por su acierto en presentarse como un “cholo triunfador” independiente. Por su parte, las elecciones de 2006 se caracterizaron, en su primera vuelta, por la habilidad de Alan García de situarse en el centro de la pugna de los dos candidatos que habían partido con ventaja en las encuestas, el recién llegado nacionalista e izquierdista Ollanta Humala y la derechista del Partido Popular Cristiano, Lourdes Flores. En la segunda vuelta, García se aprovechó del ruido introducido en la campaña por el presidente Chávez, quien había mostrado sus preferencias por Humala, levantando la indignación de una parte del electorado y el miedo de los sectores medios altos y altos de la sociedad limeña. El resultado fue un triunfo electoral cómodo que le abrió una segunda oportunidad de gobierno impensable cuando dejó el poder dieciséis años antes.

Perú es un país dividido profundamente en términos socioeconómicos con una brecha dramática de desigualdad que, no obstante una disminución de la pobreza por los últimos años de bonanza económica, prácticamente se mantiene constante con un ratio de ingresos entre el decil más alto y el más bajo de 24 veces. También lo está por una contraposición entre el universo limeño y el interior del país. Ambas escisiones ya quedaron muy patentes en las elecciones de 2006 configurando un mapa con dos com-

portamientos electorales muy distintos. Contrariamente a la vecina Bolivia, sin embargo, la división étnica es mucho menos relevante.

Hundido en la valoración de la opinión pública, con un 65 por ciento de desaprobación, si bien no tanto como su predecesor Alejandro Toledo, el gobierno de Alan García ha registrado, como aspecto positivo, la condena a 25 años de prisión de Alberto Fujimori por violación de derechos humanos y corrupción, constituyendo un hecho insólito entre los gobernantes electos en América Latina. Sin embargo, ha contabilizado serios escándalos de corrupción, el más sonado el caso de los “petroaudios”, y una crisis en torno a la explotación insensata de recursos naturales y el avasallamiento a las comunidades indígenas y sus derechos con el saldo de treinta y cuatro personas muertas en Bagua. Además en su periodo de gobierno la conflictividad social no solo continuó sino que se agravó aún más. De acuerdo con las estadísticas de la Defensoría del Pueblo del Perú, el gobierno de Alan García enfrentó en promedio 176 conflictos sociales por mes lo que da idea del nivel de enfrentamiento existente que puede tener su traducción al seno de la política en términos de un antagonismo que raya la intolerancia y una especie de cultura “a la contra”. García ha incrementado el personalismo de la política peruana y hundido a su partido, el Partido Aprista Peruano, el más antiguo del país y uno de los más relevantes de la región durante los últimos ochenta años. García apenas si ha contado con apristas en sus gabinetes y en un ejercicio sorprendente de irresponsabilidad política partidista como líder máximo del partido no le importó que no presentara candidato alguno a las elecciones municipales de octubre de 2010 en Lima ni en las actuales presidenciales.

En 2011 el panorama presentaba la insólita novedad en política de que el Partido Aprista en el gobierno renunciaba a presentar candidato presidencial debilitando sus opciones legislativas. La aparición de otras opciones electorales estaba en consonancia con la profunda crisis del sistema de partidos peruano y las expectativas personales conocidas de diferentes figuras políticas del país cuyo denominador común era su orfandad partidista, como eran un ex presidente (Alejandro Toledo), un ex ministro de éste y operador político en décadas previas (Pedro Pablo Kuczynski) y un ex alcal-

de de Lima (Luís Castañeda). A ellos se sumaban la heredera del legado de Alberto Fujimori, su hija Keiko, primera dama en la segunda mitad de la década de 1990 y diputada electa en 2006, y el candidato derrotado en los comicios presidenciales de 2006, Ollanta Humala, fundador del minoritario Partido Nacionalista Peruano.

Los debilitados partidos nacionales han tenido siempre una fuerte centralidad en Lima y durante la pasada década fueron sufriendo pérdidas electorales significativas de la mano de líderes con muy bajo interés institucional y por el crecimiento de fuerzas locales. Ya en las elecciones regionales de 2006 los partidos nacionales apenas si consiguieron ganar en ocho de las veinticinco regiones del país y cuatro años más tarde las regiones por ellos controladas eran solo seis. Esta floración de la política regional es uno de los elementos más notorios en Perú hoy, que contribuye todavía más a las dificultades con que se enfrenta el alto número de candidaturas. Articuladas en torno a políticos conocidos se ven arrojadas por pequeños partidos que alientan las alianzas electorales para poder sobrevivir alcanzando el mínimo del 5 por ciento que se exige para mantener su personalidad jurídica.

En las elecciones legislativas de abril, en un país donde el voto es obligatorio, el abstencionismo alcanzó el 16,3 por ciento, 5 puntos porcentuales más que en 2006, pero dentro del margen del porcentaje histórico de la década (17,2 y 17,7 por ciento en los comicios de 2000 y de 2001 respectivamente). Estos comicios produjeron un escenario de fuerte fragmentación en el Congreso que repetía el escenario existente desde 2001 en que ningún gobierno ha tenido mayoría parlamentaria, aunque tampoco una mayoría opositora cohesionada. Huérfano de un liderazgo visible, el Partido Aprista sufrió un notable descalabro que le hizo casi perder su condición de partido, llegando a conformar una bancada con una presencia de cuatro diputados en la nueva legislatura que, de acuerdo con el reglamento vigente, no le permitirán conformar un grupo parlamentario. Frente a él las dos opciones mayoritarias, articuladas en torno a los dos candidatos que pasaron a la segunda vuelta presidencial, obtenían una fuerza exigua de 45 diputados la alianza nacionalista de Humala, GANA Perú, y de 36 diputados Fuerza 2011, el bloque fujimorista. Más lejos se situaban los otros grupos políticos que habían

obtenido: 20 diputados la coalición de Toledo, Perú Posible, 15 la Alianza por el Gran Cambio de Kuczynski y 10 la Alianza Solidaridad Nacional de Castañeda. Lo que en teoría hace un total de 6 fuerzas políticas con representación en el próximo congreso unicameral integrado por 130 miembros.

Sin embargo, cabe llamar la atención que en realidad se trataría de representantes de 12 agrupaciones políticas ya que en 3 casos se trata de alianzas electorales con políticos elegidos de al menos 2 agrupaciones. Por ejemplo, en los representantes de Perú Posible, se encuentran también los adscritos a Acción Popular y a Somos Perú; los elegidos por Alianza por el Gran Cambio son del Partido Popular Cristiano, de Alianza para el Progreso, del Partido Humanista y de Restauración Nacional; los representantes de la Alianza para la Solidaridad Nacional cuentan con efectivos de otros cinco partidos. Y en las dos formaciones mayoritarias se dan cabida diputados invitados.

Esta fragmentación, además y como es tradicional en la política legislativa del país, puede verse afectada en los próximos meses por el transfuguismo de cierto número de diputados que cambien de bancada legislativa. El hecho de que en Perú los legisladores son electos por el sistema de voto preferencial, así como la baja cohesión ideológica de los partidos y su propia naturaleza de movimientos o de alianzas electorales que dan cobijo a otras formaciones facilita que los nuevos diputados se sientan libres de cualquier atadura programática para pasarse al grupo que les ofrezca mayores incentivos. En este sentido, tras las elecciones de 2006, con el mismo número de diputados que en esta ocasión, el grupo que apoyaba a Ollanta Humala se quebró en tres fracciones.

En términos de la distribución geográfica del voto de abril, de 196 provincias que tiene el país, Ollanta Humala se impuso en 123, Fujimori en 44, Toledo en 26 y Kuczynski solo en 3 (a pesar de haber obtenido el 18,5 por ciento de los votos). A pesar de la abrumadora victoria de Humala, y de haber obtenido casi el mismo porcentaje de votación que 5 años antes (30,6 por ciento en 2006 y 31,6 por ciento en 2011) la distribución de su apoyo fue distinta ya que ganó en menos provincias (152 en 2006 y

123 en 2011), pero su voto se dispersó geográficamente, algo que demostraba que su propuesta tenía una aceptación más nacional y siempre más ligada a los sectores populares. Si bien es cierto que mantiene sus apoyos en el sur del país (con respecto a 2006), ha logrado victorias importantes en provincias del norte (consideradas tradicionalmente apristas); y en la región nororiental del país, específicamente las regiones selváticas de San Martín y Huánuco.

La carrera presidencial de los comicios de abril dio por sentado que habría una segunda vuelta al no alcanzar ninguno de los candidatos la mayoría absoluta, de acuerdo con todos los sondeos publicados que evidencian una atomización más aguda que nunca, ya que hasta muy poco antes de la fecha electoral las seis candidaturas citadas tenían posibilidades de competir en la segunda vuelta. No obstante, en los últimos días de marzo cobraron fuerza tres fenómenos que fueron determinantes. La existencia de un voto duro a favor de Keiko Fujimori, nunca en retroceso y oculto para los sondeos, que está animado por el activismo de su padre desde la cárcel, quien en su constante prepotencia logró incluir como candidata a un escaño a su enfermera personal; el espacio amplio de la izquierda huérfano de cualquier otra candidatura con posibilidades mínimas reales que no fuera la liderada por Ollanta Humala en un escenario en el que, no debe olvidarse, la izquierda (aunque sea otra expresión muy distinta como es *Fuerza Social*) acababa de ganar la alcaldía de Lima. Y, en tercer lugar, el *activismo pasota* del propio Alan García quien ambiciona su tercera presidencia en 2016. No sin cierta sorna, García ha manifestado la capacidad que los presidentes tienen en el país, si no de hacer presidente a quien quisieran, sí de evitar ser presidente a quien no desean. Postrado paulatinamente en las encuestas su candidato expreso, Luís Castañeda, Alan García hizo lo posible para no tener que entregar la banda presidencial a Toledo, su más directo enemigo en la primera vuelta favoreciendo luego veladamente a Keiko Fujimori. La buena relación de García con el bloque fujimorista del Congreso y el excelente trato brindado en la prisión a Alberto Fujimori hizo de Keiko Fujimori una opción aceptable, a pesar de la poca dedicación a la política de ésta en años desperdiciados como diputada en los que hubo más ausencias que presencia en el hemiciclo limeño.

Los resultados de la primera vuelta reflejaron la atomización de un electorado sin preferencias sólidas, pero marcaron diferencias nítidas. Mientras que Ollanta Humala, con su bastión electoral en el interior y muy mayoritariamente en las regiones del sur, obtuvo el 31,7 por ciento, Keiko Fujimori, captando también votos en el interior, especialmente en el norte, y en el extrarradio limeño, factores ambos que explican que desplazara a los otros contrincantes de la primera vuelta que se repartían, sobre todo, el electorado limeño, alcanzaba la segunda posición con el 23,5 por ciento. Humala mantenía su porcentaje de 2006 y Fujimori casi triplicaba el número de escaños del fujimorismo y el porcentaje a favor de su candidatura presidencial con respecto a los votos que obtuvo la candidata del movimiento Martha Chávez cinco años atrás. Detrás quedaban Kuczynski, que superaba a Toledo, con 18,5 y 15,6 por ciento, respectivamente, alcanzando Castañeda solo el 9,8 por ciento. Los porcentajes de votos en blanco y nulos/viciados estuvieron dentro de los márgenes históricos: 8,84 y 3,44 puntos porcentuales, respectivamente.

La segunda vuelta presidencial del 5 de junio confrontó a dos candidatos que lograron polarizar al electorado como solo antes había sucedido en los comicios de 1962 cuyo desenlace terminó con un golpe de Estado. Esta polarización, azuzada enormemente por la mayoría de los medios de comunicación, en especial, pero no sólo, el grupo mediático de *El Comercio*, así como por la propia jerarquía de la Iglesia Católica, de un lado, y un grupo importante de intelectuales entre los que se encontraba Mario Vargas Llosa, del otro, se tradujo en un apretado resultado que habían previsto una y otra vez los diversos estudios preelectorales de opinión pública y que sostenían la existencia de un empate técnico con muy pequeñas oscilaciones favorables, primero a Keiko Fujimori y en la recta final a Ollanta Humala. Los candidatos perdedores de la primera vuelta se decantaron Toledo por Humala y Kuczynski y Castañeda por Fujimori. El presidente García técnicamente se mostró neutral pero veladamente apoyó esta segunda opción.

El ceñido resultado final es más un reflejo de la perplejidad ciudadana ante dos candidatos que durante toda la campaña tuvieron que insistir en lo que no eran (la con-

tinuidad vicaria de Alberto Fujimori y el entreguismo chavista, respectivamente) más que en propuestas electorales en clave positiva. En este sentido, sólo descollaban la garantía del continuismo del modelo económico por parte de Keiko Fujimori y la atención central a los sectores más favorecido de Ollanta Humala, que cambió tres veces su programa electoral, de acuerdo con sus asesores de campaña brasileños, para edulcorarlo al máximo y neutralizar el recelo de diferentes sectores.

Esta circunstancia, donde el repudio al otro más que la proclividad positiva hacia uno de los candidatos supuso mantener la incertidumbre hasta el final de un panorama muy polarizado. Ahora bien, se trataba de una polarización muy diferente a la de las elecciones salvadoreñas de 2009, el otro caso latinoamericano de la presente ola electoral regional, donde el resultado fue igualmente parejo, pero en el que el peso de las opciones ideológicas se encontraba mucho más marcado. Por otra parte, y siguiendo con el marco comparado latinoamericano, hay que señalar que estos comicios no han roto la tendencia actual de que el vencedor en la primera vuelta lo fuera en la segunda.

Humala ganó a Fujimori el 5 de junio con el 51,5 frente al 48,5 por ciento de los votos con un nivel de abstención del 17,3 y un 6,2 por ciento de votos nulos y blancos. Como nota anecdótica debe citarse que Keiko Fujimori ganó abrumadoramente el voto de los casi 290.000 peruanos que votaron válidamente en el extranjero con el 70,4 por ciento frente al 29,6 de Ollanta Humala, registrándose un porcentaje de voto nulo o en blanco similar a la media nacional. Los sesgos ya avanzados en los comicios de abril confirmaron que el voto del ganador procedía del interior del país, era masculino, de población de mayor edad y estrato socioeconómico bajo.

El panorama que se abre en la política peruana se articula sobre un escenario de cambio muy notable. Por primera vez en su historia Perú ve llegar a la presidencia por vía electoral a un candidato de izquierda. La encuesta de elites parlamentarias de la Universidad de Salamanca recoge que los legisladores del Congreso saliente sitúan a Ollanta Humala en el 2,70 (en una escala donde 1 significa izquierda y 10 derecha). Se trata de alguien sin experiencia política previa, con un grupo parlamentario poco co-

hesionado, de conformación variopinta y con dificultades a la hora de establecer alianzas estables y fiables. En política exterior su expresa convicción a favor de un estrecho alineamiento con Brasil matizará la posible influencia venezolana; las relaciones con Bolivia y Ecuador se verán reforzadas, y pende como incógnita la forma en que se articularán las siempre delicadas relaciones de Perú con Chile. La inserción externa de la economía peruana que tan buenos réditos macroeconómicos ha generado al país en los dos últimos lustros no parece que se verá afectada seriamente, pues de ello dependen los ingresos fiscales para llevar a cabo políticas distributivas y de mejoras de los sectores más desfavorecidos. Posiblemente un elemento a tener en cuenta será el papel de Nadine Heredia, esposa de Humala, muy activa en la campaña de 2006 y ahora en un bajo perfil, pero con una gran vocación política y probado activismo, necesario para la implementación del prometido programa de economía social.

Salamanca, 13 de junio de 2011